

EVANGELIO Y CULTURA
La tercera navegación

Giuseppe Maria Zanghí

EVANGELIO
Y CULTURA
La tercera navegación



Ciudad Nueva

Artículos originales publicados en la revista *Nuova Humanità*
nn. 2, 9, 10-11, 13, 49, 73, 119, 145, 157

© 2017, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

Traducción:
Antonio Paneque

Edición:
Aurelio Romero

Diseño de cubierta y maquetación:
Antonio Santos

I.S.B.N.: 978-84-9715-387-4
Depósito Legal: M-29.294-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Zanghí es un escritor poliédrico. Teología, filosofía, estética, literatura y sabiduría oriental se mezclan en su investigación, originando un concierto ordenado de pensamientos. No se puede decir que sea filósofo, teólogo o poeta sino que es todo eso a la vez. Su investigación se injerta siempre en un diálogo interdisciplinar que genera una producción transdisciplinar.

Los motivos que mueven la pluma de Zanghí los podemos encontrar en una problemática social o política o en una cuestión teórica. Desde ahí suele arrancar para trazar una filosofía de la historia a través de la cual recorre las etapas que considera más significativas en el acontecer del pensamiento filosófico y teológico, mostrando el desenlace de tal pensamiento en la cultura occidental.

Su estudio toma como punto de partida la relación del hombre con el Absoluto, que se encuentra en el corazón de la cultura de todos los pueblos, para llevarlo a su punto culminante con la encarnación del Logos divino.

Lee la revelación que Jesús hace de Dios Trinidad directamente desde su centro, es decir, desde el evento pascual. Dos son los puntos siempre presentes en su especulación: la encarnación del Verbo en el seno de María y la pasión.

El Absoluto cristiano al encarnarse socava la lógica del pensamiento que lo ha precedido y la muerte de Cristo en cruz revela para nuestro autor el «no» relativo del amor. La *kénosis* y la *pericóresis* de la vida de Dios en sí y en su donarse al hombre manifiesta en su máximo grado la revelación cristiana del Absoluto que «Dios es Amor» (1Jn 4,8). Jesús Abandonado se hace llave hermenéutica de lo real, de Dios y del hombre y abre un nuevo horizonte del pensar.

Nuestro autor nos muestra como con la encarnación del Logos divino sucede una revolución sorprendente que inaugura una nueva metafísica: el hombre, lo real, los entes, lo que acontece está en el mismo plano ontológico que el Absoluto. Pensar el Absoluto después de la encarnación del Logos divino se hace imposible sin ponerlo en relación con la creación. La lógica de la dualidad, la lógica del símbolo, viene superada porque Dios-Amor acoge en sí el mundo y la creación, acoge en sí al hombre, su creatura; la morada del hombre que busca a su Dios se transfiere de un mundo ilusorio al Seno del Padre, en el que la humanidad es acogida en el Verbo.

El pensamiento griego, afirma Zanghí, ha hecho del sujeto humano uno de los puntos más luminosos de su reflexión, descubriendo a un hombre donde lo divino habita en el fondo de su alma, verdadero lugar de su verdad. La filosofía de la *polis* ha descubierto categorías que expresan el sustrato del hombre y de su pensar. Cuando este pensamiento se encuentra con la revelación judeo-cristiana nacerá una antropología que a través de la historia descubrirá a la persona, como acto de transcendencia del individuo.

Mientras que la filosofía griega, recorriendo el camino del logos-palabra, quería llegar al silencio contemplativo del Absoluto y la sabiduría oriental elegía el mismo silencio como camino, el Cristo expresa un silencio que habla, una palabra que se hace espacio de acogida total. La palabra, en una cultura cristiana, es lugar de la manifestación del Verbo de Dios y por tanto lugar de creación y de revelación. La palabra no es camino sino meta última que se desvela «amor». El modo de escuchar la palabra de Dios en medio a los hombres en la palabra humana de Jesús se nos muestra en la cruz donde, en el momento del abandono, la Palabra encarnada se apaga en su humanidad dando el Espíritu que nos desvela completamente su sentido. Es el Espíritu el que nos conduce a la Palabra.

Nuestro autor no se queda en el análisis teórico sino que abre pistas de investigación para una posible lectura, a la luz del para-

digma trinitario, de la política, de las relaciones económicas y, sobre todo, de las relaciones interpersonales. Lo que caracteriza su obra es la constante mirada sobre la cultura, en particular sobre la del Occidente contemporáneo para llegar a proponer nuevas claves hermenéuticas donde la comprensión que se ha tenido de la Trinidad a lo largo de la historia es la clave de lectura para comprender la actual crisis cultural que el Occidente vive.

Podemos decir que la lectura que Zanghí hace de la historia, de Dios y del hombre, a la luz de Jesús Abandonado, constituye un *unicum* en la historia del pensamiento. Leer la parábola occidental como una pérdida progresiva de su horizonte de verdad constituido por la Trinidad, interpretada como *pericoresis agápica*, e inseparablemente ligada al grito del abandono junto con la confrontación constante que hace con el pensamiento oriental constituye una auténtica originalidad del pensamiento.

Si bien otros antes que él han interpretado la historia de Occidente a la luz del paradigma trinitario no habían puesto como objeto formal el grito de abandono del Crucificado. El resultado de esta operación es una reflexión, precisa y sintética, de filosofía de la historia. Si interpretamos la historia de este modo es posible vislumbrar una respuesta al «¿por qué?» del hombre de Occidente donde la oscuridad de la prueba en la que vive no sería ya el naufragio en el abismo de la nada sino el preludio de un nuevo nacimiento, digamos, una gestación. Será posible asistir a un nuevo amanecer en la tierra del ocaso, dice Zanghí, si somos capaces de calarnos en el fondo el abismo, de colocarnos en el corazón del abandono y actuar y pensar de un modo nuevo rumbo a una cultura de la resurrección.

AURELIO ROMERO
Editor

EVANGELIO Y CULTURA¹

La Iglesia considera hoy «la ruptura entre Evangelio y cultura» como el «drama» de nuestra época. A partir de este divorcio surgió, en efecto, una cultura definida «laica», la cual, aun albergando en su interior una gran variedad de posiciones, es unánime en su propuesta cada vez más fogosa, por no decir agresiva, de un humanismo carente de referencia a cualquier tipo de Absoluto.

En este contexto, vale la pena meditar atentamente un texto de enorme importancia de Juan Pablo II: el discurso dirigido a los miembros del Consejo Pontificio de la Cultura, de fecha 18 de enero de 1983.

Este Consejo Pontificio fue establecido por el Papa (cito un artículo del padre H. Carrier, publicado en «La Civiltà Cattolica», 3183/1983) para «intensificar el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestra época. Para el Papa, estamos ante un desafío trascendental: “Se trata de un campo vital, en el que se juega el destino de la Iglesia y del mundo en este escenario de ocaso del siglo” (Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria de los Cardenales, 5 de noviembre 1979)». Continúa Carrier: «Como es evidente, la Iglesia siempre ha considerado prioritarias la finalidad cualitativa, moral y cultural de su acción; ahora bien, la cultura en cuanto tal nunca había sido objeto de un órgano especial de gobierno (...) Observamos cómo la carta de Juan Pablo II parte de un principio socio-teológico original, a fin de motivar la acción del nuevo Consejo: entre cristianismo y cultu-

¹ G.M. ZANGHI, «Vangelo e cultura. Una breve riflessione»: *Nuova Umanità* 49 (1987/1), pp. 7-18.

ra existe un vínculo orgánico y esencial. Ambos se reclaman recíprocamente; es más, para que exista realmente la fe, esta ha de convertirse en cultura. Como escribe el Papa, “la síntesis entre fe y cultura no es solo una exigencia de la cultura, representa igualmente una demanda imperiosa de la fe (...); una fe que no se hace cultura es una fe que no ha sido plenamente acogida, enteramente pensada y fielmente vivida”».

He aquí algunos pasajes del discurso de Juan Pablo II:

«Ciertamente hoy es tarea ardua comprender la extrema variedad de culturas, costumbres, tradiciones y civilizaciones. A primera vista el desafío parece sobrepasar nuestras fuerzas, sin embargo, ¿no está en la misma medida de nuestra fe y nuestra *esperanza*? En el Concilio la Iglesia reconoció una ruptura dramática entre Iglesia y cultura. El mundo moderno está deslumbrado por sus conquistas y sus logros científicos y técnicos. Pero con demasiada frecuencia cede ante ideologías y criterios de ética práctica y comportamientos que están en contradicción con el Evangelio o, al menos, hacen caso omiso de los valores cristianos.

En nombre de la fe cristiana el Concilio comprometió a la Iglesia entera a ponerse *a la escucha del hombre moderno* para comprenderlo e inventar un nuevo tipo de diálogo que le permita introducir la originalidad del mensaje evangélico en el corazón de la mentalidad actual. Hemos de encontrar de nuevo la creatividad apostólica y la potencia profética de los primeros discípulos para afrontar las nuevas culturas. Es necesario presentar la palabra de Cristo en toda su lozanía a las generaciones jóvenes, cuyas actitudes a veces son difíciles de comprender para los espíritus tradicionales, si bien están lejos de cerrarse a los valores espirituales. En varias ocasiones he querido afirmar que el diálogo de la Iglesia con las culturas reviste hoy importancia vital para el porvenir de la Iglesia